

## **OPTAR POR LA TIERRA: LA ÉTICA DEL CUIDADO Y DE LA RESPONSABILIDAD**

**Leonardo Boff**

*Ponencia transcrita*

Buenas tardes. Yo estoy realmente conmovido de estar en esta iglesia con tanta gente interesada en los temas que atañen a la Tierra, la ecología, el futuro de la humanidad y reflexionar juntos sobre lo que posiblemente será el gran desafío de los próximos años: cómo vamos a afrontar los cambios que la Tierra está pasando. El gran tema hoy no es qué futuro tiene Occidente, qué futuro tiene la Iglesia, sino qué futuro tiene la Tierra y la humanidad y en qué medida la Iglesia, la ciencia, los demás saberes ayudan a garantizar un futuro de esperanza, un futuro que valga la pena.

En un contexto como éste, nuestros obispos en Latinoamérica están reunidos para discutir exactamente cómo ser cristianos hoy dentro de una realidad modificada, cómo los nueve países amazónicos son responsables para mantener estas forestas húmedas, que son el factor decisivo para los climas de la Tierra y para el futuro de la biodiversidad. En un contexto así tan importante, nos parece incluso raro que un teólogo de los mejores, de nuestra América Latina, Jon Sobrino, que tanto se ha ocupado de la figura de Jesucristo, reciba una notificación y sea condenado por decir y honrar la verdad. Es un teólogo que ha sabido articular ese discurso de la vida, la experiencia con la teología, yo diría más la mística con la reflexión, y siempre en un contexto de los crucificados de la historia que deben ser descendidos y deben ser resucitados. Últimamente él decía: “Los crucificados no son solamente las personas, es el planeta entero que está crucificado, y que queremos que salga de la cruz y que tenga vida”. Yo aquí con tantos amigos y amigas quiero solidarizarme con Jon Sobrino, que a mi juicio es nuestro mejor teólogo vivo de América Latina.

Me siento muy particularmente ligado a él por un detalle que quiero revelar. En 1989 toda su comunidad, como saben comunidad de jesuitas, fue fusilada. Y yo había recibido una invitación de Tailandia para dar un curso en la semana de reflexión sobre Cristo. Como mi inglés no es muy fluido, llamé a Jon diciendo: “Jon, tú hablas muy bien inglés. Acabas de publicar un libro, *Jesucristo liberador*, sustitúyeme, ve a Tailandia en mi lugar”. Él dijo: “No estoy muy bien por mi enfermedad, la diabetes”. Pero terminó por ir. Tres días después fusilaron a toda la comunidad y él se escapó a raíz de esto. Entonces me siento muy ligado a su vida y a su futuro.

El tema que yo quiero abordar hoy es un tema que puede producir angustia en todos nosotros, pero la angustia no es mala, porque es la angustia que nos hace pensar y, al pensar, buscar ver claro y al ver claro buscar decisiones importantes. La Carta de la Tierra es un documento importante que nació desde abajo, que pone como centro de las preocupaciones de la humanidad el planeta Tierra, la humanidad, la vida, que fue ya adoptada por la UNESCO y que nosotros estamos haciendo esfuerzos para que entre en la agenda de la ONU, porque será aprobada por la ONU, será incorporada a la Carta de los Derechos Humanos y así tendríamos algo más completo: los derechos de la Tierra, con los derechos de los seres humanos. La Carta de la Tierra empieza diciendo que estamos en un momento de nuestra historia en el cual debemos tomar una decisión. La decisión es ésta: o cuidar unos de otros y de la Tierra, o arriesgar nuestra supervivencia y la biodiversidad del planeta Tierra. Es una alternativa dura, yo diría casi dramática. Pero anticipándolo, diría con Pedro Casaldáliga que la verdadera alternativa cristiana es o vida o resurrección. No es o vida o muerte, sino o vida o más vida, que es resurrección. Con esto quiero indicar un poco la dirección de mis reflexiones, que son severas, pero tienen un trasfondo de esperanza, no solamente porque somos cristianos, sino porque la historia misma nos va apuntando caminos que superan la crisis actual y nos llevan a un camino de supervivencia, bueno para toda la humanidad.

La fecha 2 de febrero de 2007, hace poco, posiblemente se quedará en la historia de la humanidad, porque en ese día el grupo de científicos de la ONU, más de 2.000, que trabajan en 130 países diferentes, han realizado el *panel* plurigubernamental del cambio climático. Han

publicado ese día 2 de febrero los resultados y los datos. Y ahí decían que hasta ahora la preocupación era preservar y cuidar con entendimiento, con compasión y con amor a la Tierra, y que jamás debíamos llegar al límite, ni traspasarlo, porque empezarían las eras de las grandes modificaciones. Los datos dicen: "Hemos pasado el límite, vamos al encuentro del calentamiento global. Ya estamos dentro de él". Y eso significa que la Tierra en los próximos años puede tener un clima que va de 1,6 hasta 6 grados Celsius, posiblemente estabilizándose en 2 grados Celsius. Eso, que parece poco, tendrá enormes consecuencias para la biodiversidad. Decenas, tal vez millares de especies que no alcanzan a adaptarse van a desaparecer. Las señales de esos cambios ya las hemos notado por los muchos huracanes, por las sequías de una parte, por las inundaciones de la otra, por pérdidas de cosechas, con consecuencia de hambre y sed en millones de personas y el calentamiento que se siente en la piel y en muchas partes de este planeta. Los datos de este *panel* dicen que debemos ya ahora adaptarnos a esta nueva realidad en la forma de producción, en la forma de consumir y en la forma de vivir, en el trato con el agua... Debemos adaptarnos a esta situación y debemos aminorar los efectos dañinos, que serán para millones de personas extremadamente graves, porque serán regiones en las cuales será imposible la vida, regiones inhóspitas.

El gran científico, James Lovelock, el formulador de la teoría de Gaia –Gaia, la Tierra como superorganismo vivo– pasó recientemente por Brasil y dijo que lo que para Brasil es una bendición, el tener 250 días al menos de sol al año, será su desgracia. Porque de seguir las cosas como están, los años del 2040, el 80% del país será inhóspito, será inhabitable. Una parte significativa de Amazonia será una inmensa sabana. Los ríos que ahora son enormes, ya percibimos que están disminuyendo, van a transformarse en pequeños riachuelos. Las personas tendrán que vivir en oasis en los cuales los climas son soportables.

Antes de estos datos, y para esto han trabajado seis años seguidos, en 130 países, organismos mundiales ya llamaban la atención. Por ejemplo, este organismo importante que es el Planeta Vivo 2006 del Fondo Mundial para la Naturaleza decía que el ser humano ha consumido más del 25% de lo que la Tierra puede reponer. Si seguimos con este nivel de consumo, en el año 2050 necesitaremos dos Tierras igual que ésta para atender a las demandas humanas. Gorbachov, que es el presidente de la ONG tal vez más grande del mundo, la Cruz Verde Internacional, pasó recientemente por Brasil porque es el animador de la Carta de la Tierra y decía: "Necesitamos un paradigma de civilización nuevo, porque el actual paradigma ha llegado a su fin y no tiene condiciones de garantizar un futuro para la humanidad. Tenemos que llegar a un consenso sobre nuevos valores. En caso contrario, en 30 o 40 años la Tierra podrá existir sin los seres humanos, sin nosotros". Todos conocemos, hemos escuchado, posiblemente muchos han visto, ese vídeo de Al Gore, el vicepresidente de Estados Unidos, con el título *Una verdad incómoda*, y también los datos del economista *senior* del Banco Mundial, y ahora asesor del gobierno británico, Nicholas Stern. Ambos han publicado documentos muy importantes, estudiando los impactos de la crisis ecológica sobre la economía. Hasta ahora el discurso ecológico era más bien el discurso de los grupos verdes, de los grupos interesados en ambientalismo, ecología, no llegaba a las grandes empresas. Pero ahora ha llegado a los grandes conglomerados multilaterales, multinacionales.

Nicholas Stern, en un documento de más de 500 páginas, dice: "Si a partir de ahora no invertimos cada año un trillón de dólares para estabilizar el clima de la Tierra dos grados, a partir de los años 2030-2040 empezarán las eras de las devastaciones, la era de la tribulación, de la desolación" –expresión que se utiliza en los textos bíblicos. Estamos ante un cuadro dramático. Tardíamente, lo que muchos científicos sabían, pero en la comunidad, en la conciencia colectiva no estaba presente, tardíamente nos hemos dado cuenta de que la Tierra es una entidad autorreguladora, es decir la Tierra es un superorganismo vivo, que la llaman Gaia –Gaia es el nombre griego de una diosa de la Tierra, de la Tierra de viento, de la Tierra fecunda. Según esta comprensión, se dice que lo físico, lo químico, lo biológico, lo antropológico no están yuxtapuestos, sino que están todos entrelazados, haciendo que todos seamos interdependientes y que la Tierra sea benevolente a todas las formas de vida. Pero ocurre que, a partir de los años 80, la Tierra no alcanza a autorregularse a sí misma, por eso crece la desertificación, la deforestación, los conflictos humanos, porque también eso pertenece a la ecología social, no solamente a la ecología del medio ambiente. Además no queremos solamente medio ambiente, queremos el ambiente entero, donde el ser humano

también esté involucrado. Si no invertimos generosamente, no alcanzaremos a equilibrar la Tierra, de ahí empezarán consecuencias extremadamente graves para el futuro de la humanidad.

James Lovelock tiene una posición un poco pesimista, es un gran científico del grupo de la NASA, que trabaja con otros cien científicos que estudian la posibilidad de encontrar vida en otros planetas. Él dice que si no hacemos un esfuerzo colectivo de toda la humanidad, de cada persona, de cada institución, de cada ciencia, si no hacemos una estrategia de salvación, no es imposible que a partir de los años 70-80 de este siglo casi la mitad de la humanidad haya desaparecido. No solamente por el cambio climático y el calentamiento, por el hecho de que muchas bacterias que tienen su nido en las forestas con el cambio climático irán a las ciudades y pueden producir enfermedades para las cuales posiblemente no tenemos inmediatamente los antibióticos ni forma de combatirlas. Y puede significar devastaciones de vastas regiones de la Tierra. Lo que causa el calentamiento global es el llamado dióxido de carbono, son los gases emitidos en la atmósfera que producen el efecto invernadero. Desde la revolución industrial – pongamos una fecha, 1730–, se están año tras año lanzando a la atmósfera más y más gases contaminantes. Cada año son 27.000 millones de toneladas de dióxido de carbono. Esto significa una montaña de un kilómetro y medio de altura y con una base de diecinueve kilómetros. Y nos preguntamos: ¿puede la Tierra aguantar todo esto? ¿Puede la Tierra en su estómago digerir todo eso y hacer que este dióxido de carbono no sea tan dañino? Más dañino que el dióxido de carbono es el metano. Sabemos que cada cabeza de ganado produce al año 50 kilos de metano. El metano es 23 veces más dañino que el dióxido de carbono. Brasil tiene un rebaño de ganado de 200 millones de cabezas. Imagínense cómo cada cabeza de ganado que produce por la ruminación o por la flatulencia 50 kilos de metano, 200 millones de cabezas de ganado, lo que significa eso de aporte al calentamiento global. Son varios problemas que están preocupando a la humanidad, y no es sin razón que el presidente Chirac, el día 2 de febrero, cuando los científicos en París han dado a conocer los datos, ha dicho, puede que por primera vez en la historia, que tenemos que hacer una revolución literal: o cambiamos el paradigma civilizatorio o vamos al encuentro de lo peor.

Como ven, yo estoy dramatizando, pero no tanto, dando datos que nos hacen pensar. Esta vez no hay un arca de Noé que salve a algunos y deje perecer a los demás. El problema es global y la solución también tiene que ser global. El problema es que la especie humana, nosotros, hemos ocupado el 83% de la Tierra; hemos ocupado devastando, destruyendo ecosistemas, polucionando aguas, envenenando suelos. Fuimos llamados y es nuestra misión dentro del proceso de evolución, somos llamados a ser el ángel bueno, el ángel de la guarda de la Tierra, pero hemos mostrado también que podemos ser el Satán de la Tierra. Podemos cometer el etnocidio, el biocidio, podemos, ojalá no, cometer el geocidio: la destrucción del planeta. Pero está dentro de las posibilidades humanas, esta capacidad destructiva que se fue acumulando en los últimos cuatro siglos, y ahora nos damos cuenta de que la Tierra está en estrés, no aguanta. Y está en búsqueda de un nuevo equilibrio para poder seguir su curso.

Y el científico Edward O. Wilson, que creó la palabra biodiversidad, el gran profesor de Harvard, dijo: “Es una ley de la evolución de la vida y cuando una especie agrede a otras especies de forma sistemática y permanente, el sistema mismo de la vida excluye a esta especie”. Y dice: “Ocurre que ahora esta especie se llama *Homo Sapiens* y *Homo Demens*, somos los seres humanos”. Ojalá no seamos como una célula cancerígena que será expulsada por el organismo vivo de la Tierra, planeta vivo. Dramas como ése hubo muchos. Sabemos que la vida ha pasado por 15 grandes devastaciones. La más grande, y eso todos lo saben por los periódicos o por la escuela, fue hace 67 millones de años cuando cayó un meteoro rasante en el sur de México, en lo que hoy son los países del Caribe, que levantó una nube tan grande y elevó el clima de la Tierra entre cinco y ocho grados, y que hizo desaparecer definitivamente a todos los dinosaurios, después de vivir 133 millones de años sobre la Tierra. Soberanamente ocupaban el planeta porque tenían una sangre que se adaptaba a todos los climas, podían ir de polo a polo pasando por la parte tropical, sobrevivían, y han desaparecido en una generación porque no tenían alimentación suficiente y por el cambio climático. Hace 45 millones de años en el sureste de Asia hubo la irrupción simultánea de varios volcanes que han producido un lago de 100 kilómetros de largo por 30 de ancho, pero se ha producido también una devastación sistemática de la vida. Más de un tercio de todos los seres vivos han desaparecido. Gracias a Dios que nuestros ancestros, de donde nosotros venimos, que vivían

en las copas de los árboles alimentándose de flores, han subsistido a esa tragedia y nosotros estamos aquí.

De cara a esta situación, muchos pueden tener dos actitudes: una actitud de tragedia, una especie de tragedia griega, que tiene un fin dramático y todo se termina mal, o puede tener una actitud de crisis. Sabemos que toda crisis tiene dimensiones dramáticas, pero la crisis acrisola, la crisis purifica, la crisis hace caer todo lo que es añadidura, lo que es accidental y deja el nudo verdadero, entero, para empezar de nuevo. Yo creo que nosotros estamos dentro de una crisis de civilización, una gran crisis. Este tipo de mundo, así como lo hemos organizado, un mundo que es sumamente desigual, porque solamente el 20% de la población mundial consume el 80% de la riqueza de la naturaleza. Hay unos datos del gran intelectual norteamericano Noam Chomsky, en su último libro sobre la política norteamericana. Decía él que este mundo es tan desigual y social y ecológicamente tan perverso que solamente las tres personas más ricas del mundo poseen más activos que 48 países pobres del mundo en los cuales viven 600 millones de personas. Hay 257 personas que solas acumulan una riqueza que equivale al 45% de la humanidad. El resultado de esta profunda desigualdad, que afecta el equilibrio de la Tierra, es que 2,5 mil millones de personas viven por debajo del límite de la pobreza y 800 millones pasan directamente hambre. Todo eso muestra la gravedad de la crisis dentro de la cual estamos metidos. La crisis tiene esta calidad, esta función de purificar y hacer pensar, de buscar caminos nuevos. Este tipo de mundo, como lo hemos organizado, con esas desigualdades, es insostenible para la Tierra y tiene que terminar. No que el mundo se acabe, sino que este tipo de mundo posiblemente va a terminar.

El gran historiador, tal vez el más importante vivo hoy, Eric Hobsbawm, el inglés que escribió su bello libro, que merece ser leído, *El corto siglo xx*, un balance del siglo xx, la última frase de su libro es: "Los valores y los ideales que han informado la sociedad occidental y hoy globalizada no tienen la virtualidad de garantizar un futuro bueno para toda la humanidad y para el planeta Tierra". O cambiamos o vamos al encuentro de lo peor. Tenemos que cambiar, y ése es el reto que yo creo que nos plantea este *panel* plurigubernamental de cambio climático: que la Tierra ha cambiado y que la humanidad tiene que cambiar. Y para ello son necesarias otras ideas, otros sueños, una ecuación ética diferente que permita a los seres humanos adaptarse, aminorar los defectos de la situación y crear condiciones para que todos puedan caber dentro de esta Tierra. No tenemos otra, sino ésta: Gaia, planeta Tierra, somos una familia, la familia humana, a pesar de todo, porque algunos están al margen sufriendo todo tipo de limitación y de necesidad, pero necesitamos algunos valores y unas utopías nuevas que nos permitan un camino nuevo para la humanidad. Y tenemos que hacerlo rápido, porque la rueda del calentamiento global está girando y nosotros no tenemos la posibilidad de frenarla. Podemos cambiar su velocidad, el tiempo del reloj corre contra nosotros. No hay mucho tiempo. Yo creo, como tantos analistas, que hay suficiente sabiduría en la humanidad, tenemos fórmulas técnicas en la humanidad, tenemos capacidad de cooperación, solidaridad a nivel mundial, de hacer estrategias que sean salvadoras. Ya San Agustín decía que nosotros cambiamos a raíz de dos factores: o a partir de un gran amor –y todos los enamorados lo saben– o a partir de un gran dolor. Yo creo que podemos y debemos cambiar por amor a la Tierra y por el dolor, el sufrimiento, de la Tierra. Cuando las dificultades van a llegar a nuestra piel, y no estamos todavía totalmente dentro de la crisis, empieza ahora el problema de la crisis, la humanidad va a darse cuenta de que efectivamente es más importante el método de la vida que el método de la ciencia; es más importante la vida que el desarrollo, más importante garantizar un futuro, una economía de lo suficiente para todos que una economía de la acumulación que beneficia a algunos y margina a gran parte de la humanidad. Que si el riesgo es grande, grande también es la posibilidad de salvación.

Yo veo unos puntos que me parecen fundamentales. Para este cambio de actitud, para esta jerarquía de valores nuevos importa vivir, si queremos tener futuro. Esos valores no pueden nacer de la especulación de filósofos, de pensadores, tienen que nacer de la realidad misma del ser humano; de algo esencial que cada uno puede comprender, que está dentro de nuestra naturaleza. Yo creo que el primer valor que hay que desarrollar es la sensibilidad, el afecto, el corazón, y que uno de los crímenes más importantes, si no el peor de la humanidad, es nuestra insensibilidad. No sentimos al otro, no sentimos el sufrimiento de la Tierra, de los ecosistemas, de la deforestación, de las aguas contaminadas, de los suelos envenenados, de los animales enfermos. No sentimos. Después de cuatro siglos de racionalidad técnico-científica, hemos

sufrido como una especie de lobotomía, nos hemos hecho insensibles. Hay una vieja discusión filosófica que hoy es muy actual en la reflexión especialmente europea, en Francia, en Alemania, en España igual, cito solamente un libro muy importante de Adela Cortina, de Valencia, *Ética de la razón cordial*. Descubrir el corazón, el corazón es el centro del ser humano, el corazón es el lugar en donde nacen los valores, es el nido del mundo de las excelencias. El corazón es nuestra capacidad de sufrir, de amar, de compadecerse de cara al otro. La discusión filosófica se preguntaba cuál es la estructura de base en grado cero del ser humano. La tradición occidental siempre decía que el ser humano es un animal racional. La razón es nuestro distintivo. Hoy más y más, especialmente la ciencia de la nueva antropología, de la nueva biología, de la tradición psicoanalítica de Freud y otros dicen que la estructura de base del ser humano es sentimiento, es afecto, es la capacidad de amar y ser amado, es tener corazón. Debajo de la razón está todo el mundo de la pasión. Más allá de la razón está –ya lo decía Tomás de Aquino– la intuición, la inteligencia, el éxtasis. Pero la situación más de fondo del ser humano es su capacidad de sentir. Por eso nosotros no somos animales racionales, somos mamíferos racionales. Los mamíferos son los que tienen la cría dentro de sí, que han desarrollado el sentimiento, el cuidado, la ternura. Y a partir de ahí, nació hace 125 millones de años el cerebro límbico, el cerebro de los sentimientos; el cerebro del neocórtex, de la razón analítica, de los conceptos, no tiene más de 5, 7 como máximo, o 10 millones de años, pero el cerebro de la emoción tiene por lo menos 125 millones de años. De todo lo que he dicho aquí, si no pasa por una emoción, por un sentimiento, no queda nada, porque las ideas están todas en las bibliotecas, en los libros, y ahora están en Internet, pero la emoción no, la emoción está en el corazón, la computadora no extiende un brazo para consolarnos o para enjugar nuestras lágrimas, pero el amigo que sufre a tu lado, éste sí. Tenemos que rescatar la capacidad de sentir, sentir la Tierra; y sentir la Tierra como los astronautas, que la han visto desde sus naves espaciales. Porque ahí, dicen, desde la nave espacial no hay diferencia entre Tierra y humanidad, es una única unidad, no es que por un lado esté la atmósfera y por otro lado esté la Tierra, es una unidad. Nosotros somos Tierra. Por eso decía el gran poeta, cantante argentino indígena Atahualpa Yupanqui que la Tierra es el ser humano que camina, el ser humano que siente, que piensa, que ama, que cuida. Por eso hombre viene de *homo*, *homo* viene de *humus*, *humus* es tierra buena. Adán, nuestro ancestro bíblico, viene de *adamah*, en hebraico significa la tierra fértil y Adán el hijo, la hija de la tierra fértil. Todos nosotros somos Tierra. No es que la Tierra esté allá y nosotros estemos aquí. Tenemos que amar a la Tierra como nos amamos a nosotros mismos. Como decían los pueblos originarios: “Amar a la Tierra como a nuestra Pachamama”, la grande madre, que es buena porque crea todas las condiciones para que podamos vivir, pero que si violamos sus leyes de forma obstinada y persistente puede ser una madrastra extremadamente dura y cruel, que puede castigarnos.

Tenemos que recuperar nuestra capacidad de sentir, capacidad de amar, amar la Tierra. No amar solamente la familia, nuestra ciudad, nuestra provincia, nuestra autonomía, nuestro país, sino amar esta pequeña casa común; no tenemos otra, cuidarla como cuidamos de nuestras madres. Como dice la Carta de la Tierra, cuidar de toda comunidad de vida con entendimiento, con compasión y con amor. Y es sentirse unido a ella. Eso me parece fundamental si queremos establecer otra relación con la Tierra, porque hasta hoy la relación principal ha estado regida por la lógica del interés, de la explotación. Nos hemos propuesto en los últimos tres siglos la explotación ilimitada de todos los recursos de la Tierra, sin darle la posibilidad de rehacerse a sí misma, y ahora se da cuenta de que está enferma. Los grandes astrónomos y astrofísicos nos dicen que la Tierra es un pequeño planeta ya viejo. Si tomamos como la edad de los seres humanos, el máximo está alrededor de los 104, 105, 110 años, la Tierra tendría como 90 años. Es un planeta pequeño, con recursos escasos, gran parte de ellos no renovables, y un planeta viejo, un planeta mayor. Tenemos que amarlo con cuidado para que pueda seguir siendo nuestra casa, amándonos a nosotros.

El segundo valor fundamental que hay que rescatar es la ética del cuidado. Hay toda una tradición filosófica que viene de los romanos, pasando por San Agustín, por Pascal, culminando en ese gran filósofo alemán, Martin Heidegger. En su famoso libro, *Ser y tiempo*, dedica el nudo del libro, los tres capítulos centrales al cuidado, diciendo que la esencia del ser humano no es la razón, ni la creatividad, ni la libertad; que la esencia del ser humano es el cuidado. Porque si no cuidamos del ser humano, no sobrevive. ¿Por qué el cuidado? Porque el cuidado es la precondition que debe ocurrir para permitir que un ser emerja dentro de la historia; el cuidado es el condicionante previo a toda nuestra acción. Si actuamos sin cuidado,

atropellamos las cosas, las cosas salen mal, pero si lo hacemos con cuidado todo sale bien. Todo lo que amamos, lo cuidamos y todo lo que cuidamos, lo amamos. Nosotros estamos aquí en esta iglesia porque nuestras madres cuando nacimos tuvieron cuidado incondicional para con nosotros. Porque si nos hubieran abandonado algunas horas, cuatro o cinco horas, no estaríamos aquí para hablar de todo esto. El cuidado es la esencia de la vida. El propio universo, nos dicen los grandes astrofísicos, después de la gran explosión, hubo un cuidado sutil, extremo de las fuerzas originarias, de mantener un equilibrio tal que la energía se ha condensado y ha posibilitado la creación de las estrellas, de los planetas, de todos los seres, de nosotros. Si no hubiera este cuidado sutilísimo, equilibrando todos los factores, energías, materias sería imposible la vida y la continuidad del universo. El cuidado es la fuerza más importante que se opone al desgaste natural de las energías, la así llamada entropía. Todo lo que cuidamos dura mucho más: desde la ropa, desde los zapatos, desde el coche. Hay que cuidar. ¡Cuántas cosas hay que no son cuidadas en la Tierra! Nuestros mayores, ancianos, niños, millones de niños, son 300 millones de niños en el mundo, especialmente en el sureste de Asia, en China, que con edades de entre seis y siete años, están montando sus chips en las computadoras, en las radios, en los digitales que nosotros compramos a precios asequibles aquí. 300 millones de niños están sometidos a ese tipo de explotación. Esto es falta de cuidado con su niñez, tienen derecho a ser niños; cuidado con la naturaleza; con el agua que es el bien más escaso de toda la naturaleza; como dice la FAO, este organismo de la ONU que cuida de la alimentación de la Tierra.

Y sí exactamente el gran riesgo es que en los próximos años se encuentren las dos curvas: la curva del calentamiento global con la escasez de agua potable. Eso sería un desastre de altísimo grado para la humanidad por la destrucción de cosechas y de toda el agua potable, solamente con el 0,7% es asequible al consumo humano. Y ese organismo advertía que podemos conducir guerras de gran devastación a raíz de garantizar el agua potable a la población. El cuidado es fundamental. Cada niño, cada persona entiende lo que es el cuidado. Y eso hay que vivirlo. El otro valor que hay que vivir, que pertenece a la esencia humana, es la solidaridad y la cooperación. La solidaridad no es una virtud al lado de otras virtudes, es aquella virtud que ha permitido a los seres humanos hacerse seres humanos, es decir dar el salto de la animalidad a la humanidad. Cuando nuestros ancestros iban a recoger sus alimentos: frutas y cosas, no comían cada uno solo como hacen los animales, recogían todo esto y lo llevaban al grupo y lo distribuían fraternalmente, cooperativamente, solidariamente, empezando por los más niños hasta los más mayores. La solidaridad es la esencia del ser humano. Somos seres sociales, seres solidarios. Como antaño y ahora sigue, la solidaridad es la que aproxima a los seres humanos y permite que uno sienta al otro, extienda la mano al otro y puedan juntos superar esa crisis que queremos superar. La solidaridad es una de las cosas que más hace falta hoy, porque la ley del mercado y de la economía es la competitividad, no la cooperación, de todo se hace mercancía, todo se pone en el mercado, desde el sexo hasta la Santísima Trinidad. Porque de todo se puede hacer lucro. Entonces el espíritu de solidaridad es muy pequeño en la humanidad, por eso hay tantos abandonados: un continente entero como África, relegado a su suerte, devastado por el sida. Necesitamos la solidaridad para mantener la familia humana junta, para no bifurcar a la familia humana: de una parte aquellos que tienen acceso a todos los medios de vida, que pueden vivir 100-150, incluso 130 años, que es la edad de nuestras células, y la otra humanidad, la de las grandes mayorías, que vive 50-60-70 años. En Brasil la edad media es 64, yo tengo 68, ya tengo 4 años de vida gratis. La solidaridad permite mantener la familia humana unida, dentro de la misma casa común, superar por tanto esta lógica que crea tantas víctimas, que es la lógica de la competencia, de la competitividad, típica del mercado de la economía.

Otro valor importante, que es cristiano y a la vez budista, es la compasión. La compasión tiene dos dimensiones. La primera dimensión es no invadir el espacio del otro, respetar la alteridad, aceptar al otro como es, con su historia, con sus características, de religión, de vida, de sexualidad... no importa, respetar al otro y no someterlo a nuestros intereses. Y la segunda dimensión es volcarse a él para ayudarlo, para caminar juntos, para extender la mano y los dedos abiertos para entrelazarse, en un gesto de compasión, un gesto de solidaridad, especialmente compasión con todos aquellos que sufren porque lo terrible del sufrimiento no es el sufrimiento, es la soledad en el sufrimiento. La compasión es no permitir que alguien sufra solo, es vivir la espiritualidad cósmica de San Francisco, que entendía cada ser como hermano y hermana; y tomaba la hormiga del camino y la ponía al margen para que no la pisaran y

muriera, ataba ramas quebradas de un árbol para que se rehicieran. Tenía esa compasión, ese amor entrañable por las cosas. Es lo que nos hace falta: sentir al otro, caminar junto con él, codo a codo.

Por último una gran virtud, que es la responsabilidad colectiva, que es típica de los seres humanos. Nosotros somos un eslabón de la comunidad de vida, pero tenemos algo que solamente nosotros tenemos, que somos seres éticos y decir que somos seres éticos es decir que somos seres que se hacen responsables de las consecuencias de nuestras acciones, que saben las consecuencias y asumen el cuidado para que estas consecuencias no sean dañinas para los demás. Hay un gran filósofo alemán judío, Hans Jonas, su libro está en español, *Principio de responsabilidad*, con el subtítulo "Una ética para el tiempo de la tecnociencia". Dice que hoy tenemos que ser sumamente responsables porque hemos creado una máquina de muerte capaz de destruir de 25 formas diferentes a toda la humanidad. Lo decía El Baradei, responsable de la energía nuclear de la ONU. Le parecía muy bien que nosotros presionemos a Irán para que no construya bombas atómicas, pero no hay que olvidar –lo decía hace tres días en un periódico de aquí de España– que tenemos acumuladas 27.000 bombas atómicas y cada una puede matar totalmente a cuatro millones de personas, que sumadas todas dan más de 10.000 millones de personas. Tenemos que tener la responsabilidad. Yo una vez le pregunté a Gorbachov, que es de la Carta de la Tierra, él que tenía la posibilidad de coger el teléfono rojo y desencadenar una guerra nuclear, si eso era verdad. Él me decía: "Sí, eso era verdad y había tres generales que me presionaban para un choque definitivo con Occidente, que sería la destrucción total de la humanidad. Y yo siempre he resistido sabiendo que no habría vencedores ni vencidos, que sería la suprema irresponsabilidad del ser humano". Hoy la responsabilidad es de todos con todos porque el problema es global y la responsabilidad tiene que ser global también.

Yo creo que no basta con los valores éticos. Como hemos visto, estos valores como la responsabilidad, compasión, cuidado, sensibilidad y corazón nacen del contexto natural de la vida, por eso todos pueden vivirlos y entenderlos, pero necesitamos un aura; una estrella no brilla si no tiene un aura y el aura de la ética, de la moral, es la espiritualidad. Necesitamos una espiritualidad que es la más grande revolución que el ser humano puede hacer. Espiritualidad viene de espíritu, espíritu es aquel momento de la conciencia cuando nos damos cuenta de que somos parte de una totalidad, que las cosas no están yuxtapuestas, que hay un hilo conductor que une, reúne, liga, religa todas las cosas, haciendo que todo no sea caótico, sino que sea algo armónico, que sea un cosmos y no un caos. Que hay una energía fundamental por detrás de todo, que ha creado esta realidad, que la sostiene, y cuando nosotros nos preguntamos de dónde venimos, hacia dónde vamos, qué estamos haciendo en esta Tierra, qué se esconde por detrás de las estrellas... Cuando lanzamos preguntas así, emerge en nosotros la dimensión de espiritualidad. Y esa espiritualidad llega a su expresión más honda cuando definimos esa energía que está por detrás de todos, sustentando a todos y la llamamos de Tao, de Alá, de Yahvé, de padre Dios nuestro señor Jesucristo, finalmente de Dios, y que podemos entablar una relación de diálogo, de oración, de meditación, de entrega filial con esa realidad y podemos sentirla dentro de nuestro corazón.

A mí me gusta mucho esa palabra que viene del griego, pero está en todas las lenguas latinas "entusiasmo". En griego significa tener un Dios dentro. El entusiasmo que tenemos que tener en nuestra vida, de crear, de llevar nuestra familia, de trabajar, de cada mañana inaugurar el día con ganas de construir algo, este entusiasmo dentro de nosotros no es otro que el mismo Dios vivo, produciendo vida dentro de nosotros. La espiritualidad de esta capacidad de captar la dimensión sagrada, divina, del universo, de saber que este universo está penetrado por esa realidad y que todas las religiones han desarrollado esta espiritualidad. La espiritualidad no es monopolio de ninguna religión, es un dato fundamental de cada persona humana. Así como tenemos el poder, la sexualidad, la inteligencia, tenemos la espiritualidad, esa capacidad de dialogar con lo profundo de nosotros. Es cuando nos vienen las ideas de bondad, de generosidad, de cooperación, es la palabra de Dios que se anuncia dentro de nosotros y cuando la escuchamos y la ponemos en práctica, somos obedientes a Dios, lo hacemos vivo en nuestras vidas. Lo que hace falta en el mundo de hoy es también esta espiritualidad. Estamos cansados de valores materiales, de consumismo, queremos esa dimensión más de contemplación, de meditación, de sentir que no estamos solos en el mundo, que caminamos en la palma de ese Dios que nos ha creado y amado y que viviendo esa espiritualidad nacen

naturalmente los valores de la amorosidad, del cuidado, de la reverencia, del respeto a cada ser y de amor a la madre Tierra. Creo que viviendo valores, esos que son casi valores mínimos, porque nacen de la misma vida, podemos tener una travesía feliz de la crisis de la civilización. Yo no creo que nuestra generación, la humanidad, después de millones de años de existencia, fuese creada para desaparecer de las próximas generaciones. No va a hacer la gran travesía, va a superar la crisis y va todavía a irradiar.

Quiero terminar con una frase de las escrituras cristianas que dice... Donde Dios dice: "Yo invoco al Cielo y la Tierra como testigos, les proclamo la vida o la muerte, la bendición o la maldición. Elegí por tanto la vida para que todos, vosotros y los descendientes, tengáis vida: vida larga y vida buena". Nosotros, todos, estoy seguro de que hemos elegido la vida y la Tierra es tan fecunda, tan generosa que mantendrá las condiciones para que nuestra vida pueda seguir adelante, más enriquecida, más purificada por esta crisis. Y como nacimos todos del corazón de las grandes estrellas rojas, porque allí se han formado todos los elementos que componen nuestro ser, porque venimos de las estrellas, estamos llamados a irradiar como las estrellas. La humanidad está llamada a irradiar, a revelar a Dios, que es el Sol, y vivir resplandecientemente la vida, no como alguien que está en el valle de las lágrimas, sino como alguien que está en la montaña de las bienaventuranzas. Muchas gracias.